

.....

CRÉDITOS

Autores: Niños y niñas, estudiantes de las siguientes unidades educativas de los nueve departamentos de Bolivia:

- U. E. Inmaculada Concepción – Beni
- U. E. La Barranca – Chuquisaca
- U. E. Nueva Veracruz – Cochabamba
- U. E. Rafael Pabón – La Paz
- U. E. Villa El Progreso – Oruro
- U. E. Madre Nazaria – Pando
- U. E. Jaime Mendoza – Potosí
- U. E. Cupesí Terrado – Santa Cruz
- U. E. Juan Pablo II – Tarija

Edición: Claudia Adriázola Arze
Ilustración: Ana Ichaso Elcuaz
Diseño y diagramación: Nubia Álvarez Poppe

PROYECTO "CREER PARA VER"
ChildFund Bolivia – NATURA
La Paz
2026



Enlace a la página web de ChildFund



Enlace al enlace del proyecto CREER PARA VER

.....

ÍNDICE

Pato y zorro (Cochabamba)	6
El tesoro del pirata (Santa Cruz)	8
El niño y su árbol (Beni)	9
La hermosa rosa (Oruro)	10
La mariposa Nina (Santa Cruz)	12
El mono y el zorro (Chuquisaca)	14
Mi vida con mi familia (La Paz)	15
La vida diaria de Sheila (Beni)	16
El bosque de los sabios (Tarija)	17
El bosque encantado (Beni)	20
La carachupita, la paloma y el gran tesoro (Beni)	21
El bosque herido (Tarija)	22
Un día de pesca (Beni)	24
El hombre y el perro (Chuquisaca)	26
La búsqueda de Javier (Potosí)	27

ÍNDICE

El gato y el ratón (Cochabamba)	28
La época de la castaña (Pando)	29
Camino a ser un héroe (Santa Cruz)	32
El espíritu de los libros (La Paz)	33
Milton, sus ovejas y el celular (Potosí)	36
El camaleón que cambiaba de color (Cochabamba)	37
El artista de las estrellas (Potosí)	38
Los dos hermanos y su gran aventura (Oruro)	40
El bosque olvidado (Tarija)	41
El ratoncito sin amigos (Pando)	42
Cada flor cuenta (Oruro)	44
La anécdota de mi niñez (Tarija)	48
El zorro y el loro (Chuquisaca)	50
El crayón favorito de Miguel (Potosí)	52
Mis amigos los libros (La Paz)	54



Presentación

Cada una de las historias que encontrarás en estas páginas nació mucho antes de ser escrita. Comenzó en una biblioteca escolar, en una conversación entre compañeros de clase, en una lectura compartida o en la imaginación de una niña o de un niño que descubrió que el hábito de la lectura también puede abrir puertas a sus propias palabras

Este libro de cuentos es uno de los frutos del proyecto “Creer para Ver”, una iniciativa impulsada por Natura y ChildFund en Bolivia que llevó bibliotecas, libros y nuevas oportunidades de aprendizaje a unidades educativas de los nueve departamentos del país; pero, sobre todo, es el resultado del esfuerzo, la creatividad y el crecimiento de miles de estudiantes de tercero a sexto de primaria que fortalecieron su capacidad de comprensión lectora y sus habilidades de escritura, encontrando en las letras una herramienta para expresar sus propias historias, emociones y sueños.

Los cuentos reunidos en esta publicación reflejan ese recorrido. Son historias creadas por niñas y niños que hoy leen con más confianza, escriben con mayor seguridad y descubren el poder de su propia imaginación. Cada relato es una muestra de que cuando existen espacios para leer, imaginar y aprender, florecen nuevas posibilidades para su presente y su futuro.

Invitamos a las familias, docentes, estudiantes y a todas las personas que aman las historias a recorrer estas páginas y a dejarse sorprender por el talento de sus autores porque, detrás de cada cuento, hay una experiencia de aprendizaje, una comunidad que creyó en la educación y una certeza compartida: cuando una niña o un niño descubre el placer de leer y escribir, comienza a escribir también su propia historia de oportunidades.





PATO Y ZORRO

Víctor
Rodrigo,
Cochabamba

Había una vez un zorro que caminaba por el cerro. Estaba hambriento y se encontró a unos patos nadando. Como el zorro tenía hambre y no podía nadar, empezó a tomar el agua porque quería secar el lago donde estaban nadando los patos, y así poder atraparlos. Pero el zorro tomó tanta agua que su barriga se llenó y nunca terminó de secar la laguna. Los patos se fueron felices, ya que el zorro, de tanto tomar agua, no podía caminar ni perseguirlos. Entonces, suplicó a las espigas que no le pincharan. Pero las espigas le pincharon y el zorro explotó.



EL TESORO DEL PIRATA

Dana
Lucero,
Santa Cruz

Un día, Felipe, un niño que estaba yendo a la escuela, encontró una botella. Adentro había un mapa donde indicaba que al fondo del mar había un tesoro. Felipe le contó a su hermano mayor, quien le propuso ir en busca del tesoro. Los hermanos se fueron a buscar el tesoro, junto con Terry, su mascota. El mapa señalaba que tenían que ir al mar y realizar un ritual con código Morse. Así, se abrió un portal hacia otro mundo, donde tendrían que enfrentar varios desafíos.

El primer desafío era pasar por un camino de tablas, pero no todas las tablas eran resistentes. Por eso, las pasaron una a una con mucho cuidado. Al llegar a un barco, se dieron cuenta de que era el barco pirata, donde se escondía el tesoro. Desde lejos vieron a un pirata y se asustaron mucho. Entonces salieron corriendo hasta llegar a una pequeña casa. Allí encontraron a un niño que les ofreció refugio y comida.

Los hermanos le contaron al niño que estaban en busca del tesoro del pirata. Al escuchar aquello, el niño les explicó que solo conseguirían el tesoro si encontraban una llave especial y si rompían la maldición que este tenía encima.

Al día siguiente, los hermanos fueron en busca de la llave, que afortunadamente no se encontraba muy bien escondida. Al encontrarla, se toparon con el pirata, que esta vez no los atemorizó y que más bien les pidió que lo ayudaran a romper la maldición.

Luego de eso, el pirata los llevó hasta donde estaba el cofre. Cuando estaban a punto de abrirlo, apareció un monstruo, el cual presionó un botón que los hizo caer por una compuerta que había en el piso. Pero Terry estaba justo detrás y empujó al monstruo, y luego logró sacarlos de allí.

Al llegar al cofre, Felipe lo abrió y rompió la maldición.

Los habitantes de aquel lugar agradecieron a los hermanos, ya que al fin podrían vivir en paz y felices.

Luego de todo eso, los hermanos abrieron el portal y volvieron a casa, donde escribieron en su diario todo lo que había sucedido y lo guardaron para recordar siempre su hermosa aventura.



EL NIÑO Y SU ÁRBOL

Angélica
Yasmine,
Beni

Había una vez un niño que se llamaba José. A él le gustaba plantar y regar los árboles. Después de un tiempo llegaron la lluvia y las tormentas, y los árboles quedaron hechos trizas.

El pobre niño se puso a llorar porque los árboles que él había plantado con mucho esfuerzo quedaron muy destruidos. Se fue a su cama llorando.

Cuando su madre vio esto, le dijo:

—No llores, hijo mío. Yo te ayudaré, y también tu padre y tus hermanos. Seguro que terminaremos de plantar de nuevo todos los árboles.

Así fue como José y su familia lograron plantar los árboles.

El niño quedó muy feliz, porque ahora los árboles estaban a salvo.



LA HERMOSA ROSA

En un pueblo lejano había un jardín que era cuidado por un hombre muy generoso que tenía plantas y una rosa hermosa, que germinó sola, sin que la plantaran. El hombre vio esto y se sorprendió, y la cuidó. La rosa ya crecida era hermosa como el sol brillante.

Todas las plantas se preguntaban: “¿Cómo una rosa tan hermosa pudo crecer aquí con nosotras, que somos plantas comunes, y no somos tan hermosas como ella?”. Mientras la rosa se preguntaba: “¿Yo por qué estoy aquí?; no tengo amigos. Parece que soy la única. Ojalá pudiera tener un amigo, así podría jugar con él”.

Un día, una planta fue hasta donde estaba la rosa, para preguntarle si quería ser su amiga. La rosa no quería estar sola, así que aceptó y, desde entonces, todos los días jugaban a quién hacer reír a la otra.

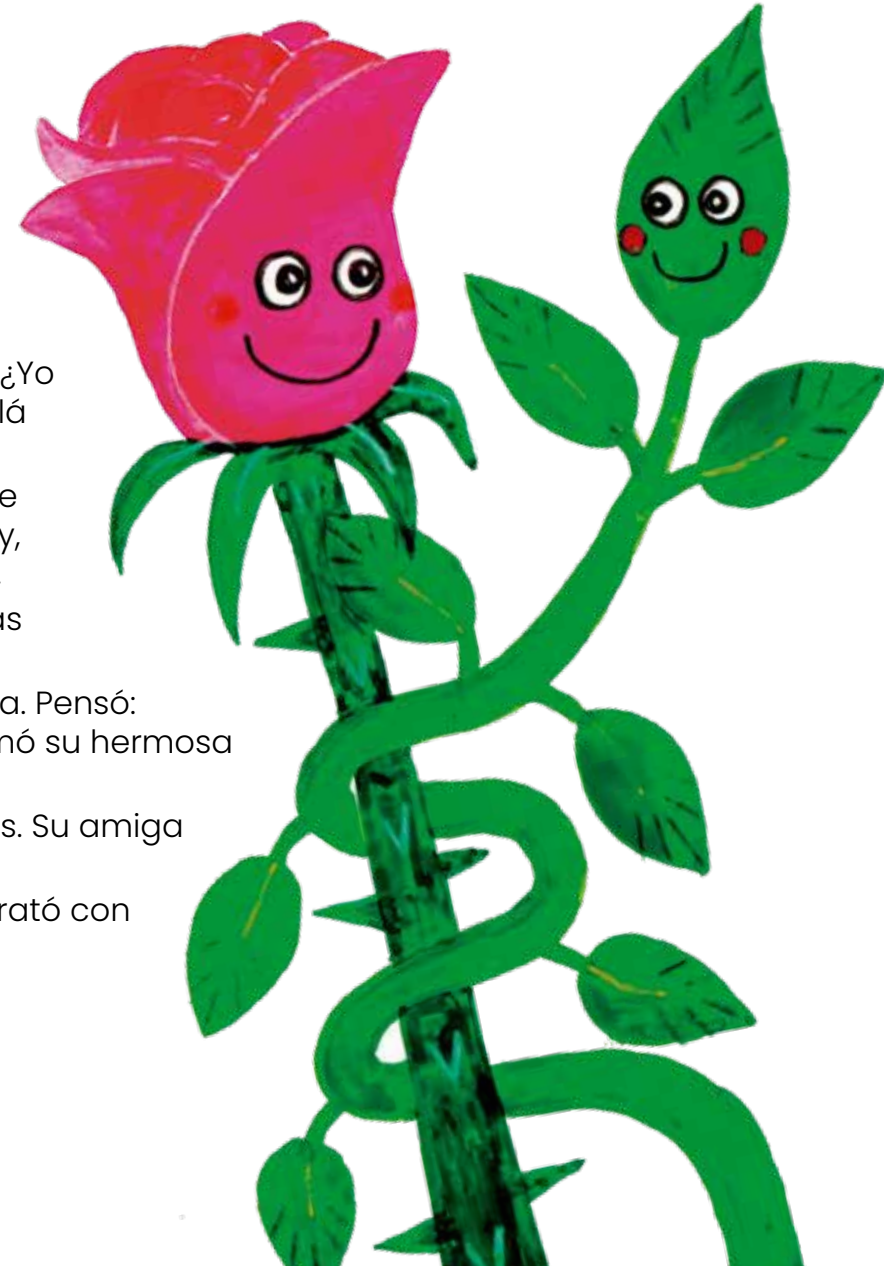
La rosa estaba feliz porque ya tenía una amiga con quien jugar. Ellas vivían muy felices. Eran muy buenas amigas.

El hombre veía que la rosa siempre estaba atada a su amiga planta. Pensó: “Debe ser algo normal”, mientras ellas jugaban y en el jardín se formó su hermosa amistad.

Un día, el hombre quiso plantar un cactus. La rosa vio al gran cactus. Su amiga también lo vio y se asustó. Le dijo:

—Cuando era pequeña, vi que una planta lo hizo enojar y él la maltrató con

Jenny,
Oruro



mucho odio. Pero por suerte lo quitaron de este lugar hace mucho tiempo. ¡No puedo creer que haya vuelto!

La rosa vio que el cactus atacaba a las plantas y decidió sacrificarse para salvarlas. Así que se acercó al cactus y le dijo:

—¡Hola!

El cactus la observó. Viendo que era famosa, pensó: “Si dejo de atacar a las plantas, le pediré que sea mi amiga y así seré muy famoso también”.

La rosa le pidió que no atacara a las plantas. Él le preguntó si quería ser su amiga. Ella dudó, pero luego aceptó.

Más tarde, la rosa le contó todo a su amiga, que solo le respondió:

—Espero que no te traicione.

Pero las plantas ya no fueron atacadas.

A los pocos días, el cactus vio que la rosa tenía una amiga. Celoso, hizo un plan. Así, le dijo a la rosa:

—Tu amiga planta me molesta todos los días.

La rosa, confundida, fue donde su amiga y le dijo:

—¿Por qué molestas al cactus?

—Yo no lo molesto —dijo él.

La rosa le contestó:

—Debe ser un mentiroso.

Cuando pasó el hombre, la rosa apuntó disimuladamente con sus pétalos hacia el cactus. Entonces, el hombre decidió moverlo a otro lugar.

LA MARIPOSA NINA

Nina era una mariposa muy hermosa, pero ella siempre se decía lo contrario, aunque nunca se hubiera visto al espejo.

Un día, estaba posada en una flor, triste, pensando que era horrible, pero por ahí pasó en ese momento una abeja. Al verla, la abeja se asombró por la belleza inmensa de la mariposa Nina, pero notó que estaba triste, así que se acercó y le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste, mariposa Nina?

La mariposa dijo, desanimada:

—Es que soy tan horrible...

La abeja, sorprendida, le dijo:

—¡Pero tú eres muy bella!

La mariposa Nina le contestó:

—No te creo nada.

Y la abeja le respondió:

—Solo te digo la verdad. Tus alas son muy hermosas y coloridas.

La mariposa se sonrojó y preguntó:

—¿En serio?

La abeja exclamó:

—¡Sí, eres la mariposa más hermosa que he visto!

La mariposa Nina tartamudeó nerviosa:

—G-g-gracias.

La abeja, feliz, comentó:

—De nada. ¿Quieres ser mi amiga?

Y la mariposa, entusiasmada, respondió:

—Claro.

Desde ese día, Nina se aceptó como era y se volvió muy amiga de la abeja.

Katherine,
Santa Cruz



EL MONO Y EL ZORRO

Luis
Fernando,
Chuquisaca

Érase una vez un zorro que vivía en un hueco muy estrecho. Un día, se cansó de vivir allí.

Así que fue caminando hasta un árbol donde vio a un mono.

—¿Tú quieres vivir aquí en el árbol como yo? —le preguntó el mono.

—Imposible. ¿Cómo podría subir hasta allí? —dijo el zorro.

El mono bajó del árbol.

—Te ayudaré a subir.

El zorro intentó escalar el árbol, pero no pudo.

“No podré vivir como el mono”, se dijo el zorro, mientras entraba de vuelta a su cueva con tristeza. Durmió un rato.

Poco después, un topo salió a la superficie y vio la cueva del zorro. Se acercó a mirar.

—Tienes una cueva muy bonita —le dijo el topo.

El zorro sonrió. Entonces se dio cuenta de que ambos eran animales que vivían cerca de la tierra y que no tenía sentido intentar vivir en un árbol como el mono.

Desde ese día dejó de sentirse triste por no poder trepar.

Comprendió que cada animal tiene habilidades diferentes y un lugar donde se siente mejor. El mono era feliz en los árboles y él era feliz en su cueva.

Y así, el zorro aprendió que no necesitaba ser como los demás para estar contento con su vida.



MI VIDA CON MI FAMILIA

Miguel
Ángel,
La Paz

Antes, la vida era hermosa como un diamante reluciente, pero ahora es aun mejor. Te contaré mi historia.

Era el mes de la Navidad. Todo andaba bien, y nos hallábamos comprando adornos para el árbol y regalos para toda la familia. También teníamos una tía que en su tienda vendía comida, bebidas, sopas y postres. Todos la colaborábamos y teníamos buenos ingresos que nos daban estabilidad.

Bueno, todo se veía bien, ¿verdad? Pero había algunos problemas en la familia. Peleábamos por la casa que era de la abuela y del abuelo. Hasta que un día, un tío llamado Juan quiso vender la casa donde vivíamos. Y logró hacerlo.

Como no teníamos otra casa, tuvimos que alojarnos en otro lugar, que era parecido a una bodega.

Hasta que un día pudimos comprar una casa que estaba deshabitada. Pero tuvimos que trabajar duramente por dos largos años. Para ese entonces, teníamos algunas discusiones y problemas.

Pero logramos salir adelante como familia y nuevamente llegó el de la Navidad, que trajo consigo alegría, prosperidad y armonía.



LA VIDA DIARIA DE SHEILA

Sheila,
Beni

La vida diaria de Sheila empezó cuando se levantó aquel día muy temprano. Luego saludó a sus padres, se fue a bañar y tomó el cepillo para lavarse los dientes. Después, bajó a desayunar, terminó su cereal con leche, tendió su cama y arregló su cuarto para después ponerse a estudiar.

Más tarde fue a almorzar para después ir al colegio. Antes de salir, recogió los útiles que le tocaban ese día. Cuando ya había salido de casa, se dio cuenta de que había olvidado el cuaderno de matemáticas que necesitaba para su examen. Rápidamente volvió a entrar a su casa y regresó corriendo a su cuarto. Pero no lo encontró por ningún lado. ¿Dónde lo había dejado?

Revisó los cajones de su escritorio, su mesa de noche... nada. Hasta debajo de la cama buscó. Pero no lo encontraba. Y el tiempo pasaba volando. ¡No podía atrasarse para su examen!

Entonces escuchó un pequeño ruido detrás de la cortina. Al acercarse, vio que una corriente de aire había tirado al suelo varios papeles. Allí, escondido entre un dibujo que había hecho la semana anterior y una revista vieja, estaba su cuaderno de matemáticas. Sheila lanzó un suspiro de alivio, lo recogió rápidamente y lo guardó en su mochila.

Luego salió volando hacia el colegio. Nunca había corrido tanto. Dio su examen, en el que se sacó 100, y volvió a su casa saltando feliz por el camino. Ya estaba oscureciendo, así que se puso su pijama y se puso a bailar sobre su cama hasta sentir que podía tocar las estrellas. Luego se echó a dormir, porque al otro día tenía que hacer la tarea que le dieron.

Al día siguiente terminó su tarea de fracciones y después fue a comprar pan para el desayuno. Regresó a su casa y desayunó junto a su familia. Pero esta vez se aseguró de que todos sus cuadernos estuvieran en su lugar y de cerrar bien la ventana de su cuarto antes de salir.

Luego sonrió al recordar la carrera que había tenido que hacer el día anterior para encontrar su cuaderno de matemáticas. Por suerte, esta vez todo estaba bajo control.

EL BOSQUE DE LOS SABIOS

Leonel
Franco,
Tarija

En lo profundo de las montañas, donde el aire era puro y los ríos cristalinos, se encontraba un bosque conocido como el bosque de los sabios. Este lugar era el hogar de una increíble variedad de criaturas, plantas y árboles milenarios, que compartían un vínculo especial con la naturaleza. Sin embargo, pocos humanos sabían de su existencia, ya que se decía que solo aquellos con el corazón puro podrían encontrarlo.

Un día, una niña llamada Alma, curiosa y amante de la naturaleza, decidió explorar las colinas detrás de su pequeño pueblo. Siempre había sentido una conexión con los árboles, las flores y los animales que vivían en su entorno.

Sin saberlo, su amor por la naturaleza la guio al corazón del bosque de los sabios. Mientras caminaba entre los altos robles y los susurros del viento, Alma notó algo diferente en el ambiente. Los animales no huían de su presencia; los pájaros cantaban más fuerte, y las hojas de los árboles parecían acariciar su rostro con cada brisa.

Alma siguió caminando hasta que llegó a un claro donde un gran roble se alzaba en el centro. Era el árbol más viejo y



majestuoso que había visto en su vida. Sus ramas parecían tocar el cielo y su tronco era tan ancho que habría necesitado de cinco personas para rodearlo completamente.

Justo en ese momento, una voz suave pero firme la saludó.

—Bienvenida, Alma.

La niña miró a su alrededor, sorprendida, pero no vio a nadie. Entonces, la voz volvió a hablar, pero esta vez, Alma comprendió que provenía del mismo roble.

—Soy el Guardián de este bosque y el más antiguo de todos los árboles. Aquí, en el bosque de los sabios, custodiamos los secretos de la naturaleza y la vida. Pero siento una profunda tristeza porque mi hogar está en peligro, al igual que el tuyo.

—¿Cómo puede estar en peligro? Este bosque es hermoso y está lleno de vida... —preguntó Alma, asombrada por lo que estaba escuchando.

—Lo es, pero el mundo exterior no lo está cuidando como debería —respondió suspirando el Guardián—. Los humanos han comenzado a olvidar que son parte de la naturaleza; no sus dueños. Talan árboles, contaminan los ríos y el aire, y destruyen hábitats sin pensar en las consecuencias. Si esto continúa, el equilibrio se romperá y todos sufriremos, incluso aquellos que nunca han visto este bosque.

—¿Qué puedo hacer yo? Soy solo una niña... —preguntó Alma, preocupada.

—El cambio siempre comienza con una persona, Alma —respondió el Guardián con ternura—. La naturaleza te ha traído aquí porque sabe que puedes ayudar. Debes ser una voz para aquellos que no pueden hablar. Enseña a otros sobre la importancia de cuidar el planeta. Cada pequeño acto cuenta, y si muchas personas comienzan a hacer pequeños cambios, el mundo puede sanar.

Con determinación en su corazón, Alma decidió que haría todo lo posible para proteger el medio ambiente. Pasó el resto del día aprendiendo de los animales y de las plantas del bosque, quienes le enseñaron los secretos para cuidar de la tierra.

Los búhos le hablaron sobre el respeto por los cielos y por los ríos, y sobre la importancia de mantener las aguas limpias. También le hablaron sobre las flores, sobre la diversidad y la belleza que cada ser vivo posee.



EL BOSQUE ENCANTADO

Anahís,
Beni

Érase una vez un pueblo lejano donde vivían tres niños llamados Marco, Moisés y Lisandro. Los tres eran mejores amigos y les encantaba estar juntos. Una tarde estaban jugando a la pelota cuando Moisés la pateó con tanta fuerza que salió disparada y cayó dentro de una casa encantada.

—¡Por fin podremos conocerla! —exclamó Lisandro, emocionado, porque siempre había sentido curiosidad por aquella casa.

Los tres se acercaron y entraron. Adentro había una mesa llena de dulces y también había una mujer anciana, que les dijo:

—Coman dulces, niños.

Marco prefirió no comer nada porque sentía un poco de desconfianza. En cambio, Lisandro quería probarlos todos, y Moisés tenía muchas ganas de hacerlo también.

Entonces la anciana les explicó que era una bruja. Los niños se asustaron al escuchar esa palabra, pero ella se rio.

—No todas las brujas son malas —les dijo—. Algunas usamos nuestros conocimientos para ayudar a las personas.

Los amigos comprendieron que habían juzgado a la anciana sin conocerla. Pasaron la tarde conversando con ella y descubrieron que era una bruja buena que cuidaba el bosque y ayudaba a los animales.

Y así comprendieron que existen brujas malas, pero también brujas buenas.



LA CARACHUPITA, LA PALOMA Y EL GRAN TESORO

Elvis,
Pando

Había una vez en un bosque una carachupita aventurera que amaba explorar.

Un día encontró un mapa del tesoro que tenía un camino lleno de desafíos. Según el mapa, debía atravesar un pantano, cruzar un desierto y llegar a una jungla donde se escondía un gran tesoro.

La valiente carachupita comenzó su viaje cruzando el pantano. De repente, unos caimanes la vieron y trataron de atraparla.

—¡Ayuda, ayuda! —gritó asustada— ¡Quieren comerme! ¡Me quieren hacer daño!

Para escapar, fingió estar muerta. A lo lejos, una paloma escuchó sus gritos y voló en su auxilio. Cuando el peligro pasó, la carachupita, todavía aturdida, le dio las gracias y le propuso:

—¿Quieres buscar el tesoro conmigo?

La paloma, curiosa, aceptó la aventura.

Mientras avanzaban, la paloma le advirtió que en el desierto sería difícil encontrar comida.

—Cerca de aquí hay una granja donde podemos abastecernos —le dijo.

Al llegar, encontraron al dueño de la granja, un jabalí, quien les ofreció todo. La carachupita le prometió que le pagaría después. Cuando le explicaron que estaban buscando un tesoro, el jabalí les permitió amablemente pasar la noche allí para que descansaran antes de continuar su viaje.

Al día siguiente volvieron al camino hasta llegar a la jungla. Allí encontraron una brújula mágica que podía detectar cofres del tesoro. Llenas de alegría, continuaron explorando, pero, al ver que anocheecía, decidieron descansar junto a un arroyo. Pescaron algunos peces, encendieron una fogata y compartieron la cena. Luego, la paloma voló hasta una rama para dormir, mientras la carachupita se acurrucó cerca para no sentirse sola.

Al amanecer, las dos amigas retomaron su viaje. Después de caminar un buen rato, llegaron a una majestuosa cascada. La brújula señaló directamente hacia ella.

La carachupita y la paloma atravesaron la caída de agua y descubrieron una cueva escondida detrás. Allí, encontraron un cofre lleno de oro y muchas otras cosas valiosas.

Felices por su hallazgo, celebraron juntas. Ahora podrían pagar la deuda que tenían con el jabalí y agradecerle por su ayuda.

Sin embargo, el mayor tesoro que encontraron no fue el oro, sino la amistad que nació durante aquella aventura y que las acompañaría para siempre.

EL BOSQUE HERIDO

Sarahi
Alexa,
Tarija

Un día, Pepe salió de paseo con sus padres. Cerca del camino, observó que estaban quemando una maleza.

—¿Por qué hay gente sin conciencia que daña el medio ambiente?

—preguntó a su papá.

—Porque no saben el daño que le están ocasionado al medio ambiente —le contestó su padre.

—¿Por qué no les explicamos que debemos cuidar nuestro mundo como si fuera nuestra propia vida? —preguntó Pepe a sus padres.

—Sí, hijo, trataremos de hablar con esas personas —le dijeron.

Más adelante, el incendio quemaba árboles como sauces, robles, pinos y muchas plantas que se desintegraban poco a poco por la mano perjudicial del ser humano.

Pepe observó desde la orilla del camino cómo algunos animalitos huían del calor.

Pájaros, conejitos, ardillas, mariposas, todos buscaban refugio, y hasta una culebra se arrastraba hacia la carretera para salvar su vida.

El bosque, herido por el fuego, se veía muy triste y solo. A pesar de que llamaron a los bomberos forestales, se quemó una gran parte del bosque. Había sido destruido por la acción del ser humano, cuando en realidad debía ser cuidado y protegido. Antes, había servido de refugio para muchos animales y de nido para las aves; ahora, gran parte de ese hogar había desaparecido.



No había quedado nada en pie. Solo sobrevivían algunos ratones y unas cuantas cucarachas que habían resistido el fuego refugiándose entre los peñascos. Ya no había nidos para los pájaros ni follaje para los animales que buscaban bajo los árboles un lugar donde escapar de los rayos del sol. Las ramas verdes y brillantes ya no se extenderían en el abanico verde y colorido del bosque.

Solo debajo de una pequeña piedra, Pepe observó cómo, en un rincón del bosque ya destruido, se asomaba tímidamente una diminuta hojita verde. Era parte de una plantita que acababa de nacer: una semilla de arbolito que había permanecido latente bajo las piedras, protegida del fuego. Se había alimentado de las aguas subterráneas de la Madre Tierra y había logrado sobrevivir. A su alrededor, otras semillas aún dormían plácidamente, pero muy pronto también despertarían.

No todo se había perdido. La naturaleza empezaba de nuevo su ciclo vital. Los árboles irían despertando e irían creciendo, empezando el ciclo de la vida. Lo demás lo harían el sol y el agua. Crecerían hasta llegar a ser tan altos como los que habían sido quemados.

Una esperanza nacía: el bloque volvería a ser lo que antes era, un remanso de paz y naturaleza para los animales silvestres.

Un ratoncito asomó su hocico desde una caverna.

Las pequeñas hojitas verdes se alimentarían del sol, del agua... y volverían a ser como antes.

El bosque ya no estaba herido... renacía feliz.

Lizandro,
Beni

UN DÍA DE PESCA

Un fin de semana fuimos de pesca al Rosario del Yata con mi papá Ademar y mi tío Luis. Llegando allá armamos un *camping* para poder dormir. Enseguida alistamos liñada y bajamos al río.

Mi papá sacó tres pacús, mi tío sacó dos paiches y yo saqué una piraña.

Habiendo ya pescado, mi papá encendió su fogata para preparar un pescadito asado con arroz y una deliciosa agua de chivé. Al anochecer, descansamos un rato en el *camping* para luego seguir pescando.

Al día siguiente, pescamos medio día para luego irnos de vuelta a casa felices con una buena pesca.



EL HOMBRE Y EL PERRO

Un hombre caminaba solo por el bosque buscando inspiración para su trabajo. Era un hombre solitario, ocupado y pensativo que no se detenía a apreciar la naturaleza.

De pronto, se encontró con un perro perdido. Era un perro pequeño y sucio que temblaba de frío. El hombre, sin embargo, dudó en ayudarlo, pensando que no era su problema.

Al intentar seguir su camino, el hombre escuchó el aullido triste del perro. Sintió una punzada en el corazón y decidió llevarlo consigo para darle calor y comida.

Desde ese día, el perro fue su fiel compañero. Gracias a él, el hombre aprendió a disfrutar de los pequeños momentos y a valorar la compañía.

Así, ambos encontraron lo que les faltaba: ¡un amigo!

Armin,
Chuquisaca



LA BÚSQUEDA DE JAVIER

Javier y sus amigos Tiago, Diego y Edalis caminaban a casa después de la escuela. Iban charlando tan rápido que Javier no se dio cuenta de que había doblado por la calle equivocada, la que llevaba al parque Los Pinos.

—¡Hasta mañana! —gritaron sus amigos mientras veían que él seguía de largo por un atajo que casi nunca usaba.

Doña Carmen, la mamá de Javier, lo esperaba con la comida preparada. Diez, quince minutos pasaron y Javier aún no aparecía.

Luego, llegó un golpe a la puerta. Eran Tiago, Diego y Edalis.

—¿Javier ya llegó a casa, señora Carmen? —preguntaron.

—Dobló por el camino equivocado —dijo Edalis con preocupación.

Doña Carmen se puso triste, ya que Javier no conocía las calles.

Sin perder un segundo, Carmen se puso una manta encima y dijo:

—Vamos, tenemos que buscarlo; por favor, ayúdenme.

Ella sabía que cada minuto contaba.

Los cuatro corrieron por la calle. Diego, que era rápido, corría por delante, mirando en cada bocacalle. “El sol está bajando”, pensó Carmen, sintiendo una angustia en el corazón.

Mientras tanto, Javier había llegado al parque Los Pinos y se había escondido bajo un gran pino. El sol ya casi se había ocultado y las sombras de los árboles parecían monstruos.

Estaba solo, asustado y llorando en silencio. De pronto, escuchó una voz familiar: “¿Javier, estás aquí?”. Era Tiago. ¡Lo habían encontrado!

En un instante, su mamá apareció y abrazó a Javier con todas sus fuerzas.

—Mi valiente niño, estoy tan feliz de que estés bien —dijo.

Javier la abrazó con la misma fuerza. Su miedo fue desapareciendo en el calor de su mamá.

Los amigos se unieron a la celebración.

Javier aprendió: siempre avisar, y pedir ayuda si se sentía perdido.

Edalis,
Potosí

EL GATO Y EL RATÓN

Ariana
Antonella,
Cochabamba

Había una vez un gato y un ratón que eran amigos. Un día, el ratón salvó al gato, porque su dueña le quería pegar y el ratón salió para asustarla. El ratón se llamaba Pérez y el gato Copito.

Un día, el gato salvó al ratón porque otro gato se lo quería cenar. Copito saltó sobre el gato para salvar al ratón. El pequeño tenía heridas, pero sanó rápido.

El ratón Pérez y el gato Copito hicieron equipo, porque unos gatos estaban atrapados y querían ayudarlos. El ratón quitó la llave y el gato abrió la puerta. La manada de gatos se fue junto a Copito y a Pérez.

Después, todos regresaron a casa sanos y felices.



LA ÉPOCA DE LA CASTAÑA

Nikol,
Pando

En un valle escondido entre las majestuosas montañas del oriente boliviano, donde la selva amazónica empieza a abrazar la tierra y el sol se oculta tras las copas de los árboles pintando el cielo de tonos cálidos, existía un pequeño pueblo llamado Castañal.

El pueblo estaba rodeado de interminables bosques de castaña, árboles generosos que durante generaciones habían sido la fuente de vida y sustento de sus habitantes. Las familias vivían en armonía con la naturaleza, recolectando las deliciosas castañas que caían en la temporada, respetando el ciclo de las tierras y celebrando cada cosecha con gratitud.

Sin embargo, la historia comienza en tiempos difíciles. Hacía ya varios años que las cosechas eran escasas. La tierra estaba seca, los árboles no daban frutos y los ancianos comenzaban a hablar de un posible fin.

Fue entonces cuando Sofía, una muchacha conocida por su conexión con la naturaleza, decidió actuar. Desde pequeña, pasaba horas estudiando plantas, animales y fenómenos que la tierra siempre habla; solo que hay que saber escucharla.

Un día, Sofía despertó con una firmeza en el pecho. Tomó su bastón de madera, una pequeña bolsa de tela y se adentró en el bosque. Caminó durante horas, cruzando riachuelos, subiendo colinas cubiertas de helechos, y descendiendo hasta un claro escondido en el corazón del monte.

Allí, entre ramas gruesas que parecían tocar el cielo, encontró un árbol distinto a los demás. Era antiguo, imponente, con una corteza que brillaba bajo el sol.



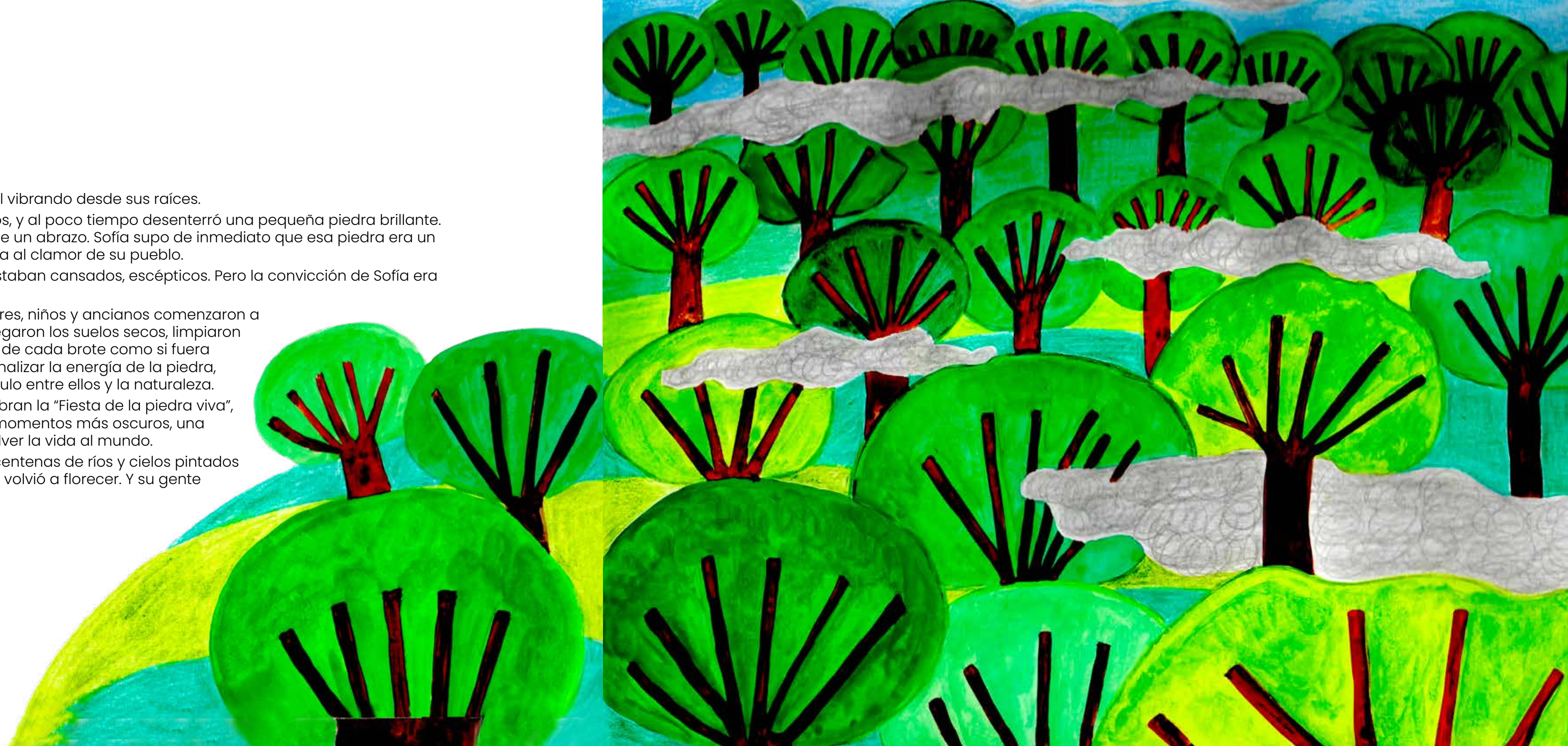
Sofía sintió una energía especial vibrando desde sus raíces. Comenzó a cavar con las manos, y al poco tiempo desenterró una pequeña piedra brillante. Emitía un calor suave como el de un abrazo. Sofía supo de inmediato que esa piedra era un regalo de la tierra, una respuesta al clamor de su pueblo.

Al principio, muchos dudaron. Estaban cansados, escépticos. Pero la convicción de Sofía era contagiosa.

Poco a poco, los hombres, mujeres, niños y ancianos comenzaron a colaborar, plantaron semillas, regaron los suelos secos, limpiaron los canales de agua y cuidaron de cada brote como si fuera un tesoro. Sofía les enseñó a canalizar la energía de la piedra, usándola para fortalecer el vínculo entre ellos y la naturaleza.

Desde entonces, cada año celebran la “Fiesta de la piedra viva”, recordando que incluso en los momentos más oscuros, una chispa de fe y unidad puede volver la vida al mundo.

Y así, entre montañas, árboles, centenas de ríos y cielos pintados de fuego al atardecer, Castañal volvió a florecer. Y su gente fue feliz por siempre.



CAMINO A SER UN HÉROE

Liz Ariana,
Santa Cruz

La historia empieza con un chico llamado Isaac. Una vez, él se perdió en un bosque cuando solo tenía diez años. Mientras caminaba, se encontró con un niño de siete años llamado Álex.

Álex estaba asustado porque también estaba perdido.

—¡No tengas miedo! ¡Juntos vamos a poder salir de este bosque! —dijo Isaac con un poco de miedo, pero simulando tener valentía.

—¿En serio? —le preguntó Álex con esperanza.

—¡Sí! —le contestó Isaac.

Así que Isaac y Álex caminaron por el bosque hasta que se encontraron a un mono. El mono los observó y dijo:

—Si no me dan algo a cambio, no los dejaré pasar.

—¡Oh, no! ¿Y ahora qué haremos? —exclamó Álex mirando al mono.

—Yo tengo una banana, no te preocupes —dijo Isaac mirando a Álex.

Isaac se acercó al mono y le dio una banana que sacó de la mochila que llevaba en la espalda.

El mono miró a Isaac y les dio espacio para que pudieran pasar.

—¡Gracias! —dijo Álex, emocionado.

Isaac y Álex siguieron caminando hasta que encontraron la salida.

Más tarde, los dos niños se despidieron con un abrazo y cada uno se fue a su casa.



EL ESPÍRITU DE LOS LIBROS

Helen,
La Paz

Todo comienza Samuel, un niño que, desde pequeño, amaba los libros, y los conseguía con solo pedirselos a su padre, quien era el hombre más noble de toda la ciudad. Su madre había muerto en un terrible accidente años atrás. Sin embargo, era recordada por todos, pues había participado en una gran guerra y, en su honor, se había levantado una estatua en la ciudad.

Samuel fue hasta la estatua de su madre para dejarle unas rosas como muestra de agradecimiento por su sacrificio. Se sentó junto a ella y observó las flores que rodeaban el monumento. De pronto, se escucharon fuertes explosiones y bombardeos por todo el lugar. La gente corría desesperada buscando refugio.

Asustado, Samuel intentó salir de allí, pero antes de que pudiera alejarse, un objeto cayó y lo golpeó en la cabeza. Sintió un fuerte dolor y todo comenzó a dar vueltas. Poco a poco, su visión se volvió borrosa hasta que perdió el conocimiento y quedó inconsciente durante un buen rato.

Cuando despertó, Samuel se quedó paralizado. Toda la ciudad estaba hecha pedazos. Los edificios se habían derrumbado, las calles estaban cubiertas de escombros y no se veía a ninguna persona. Miró a su alrededor varias veces, pero no encontró a nadie.

De repente, escucharon voces a lo lejos. Parecía que alguien estaba llamando para saber si había sobrevivientes. Corrió con la esperanza de encontrar a alguien que le ayudara.

Cuando llegó, vio a su padre junto a tres personas: dos niños y su hermano mayor. Al darse cuenta de que su padre seguía con vida, corrió y lo abrazó con todas sus fuerzas.

Todos comenzaron a llamar a gritos por si alguien más seguía allí. Recorrieron los alrededores y buscaron entre los escombros, pero no encontraron a nadie más.

El padre de Samuel había construido años atrás un cuarto secreto bajo el suelo de su casa. Lo había hecho por si algún día volvía a estallar una guerra, ya fuera con el mismo país o con cualquier otro. Gracias a ese refugio, tenían un lugar seguro donde quedarse mientras pensaban qué hacer.



Los dos niños, que se llamaban Ruth y Hugo empezaron a entrenar junto a Samuel para estar preparados en caso de que ocurriera otro ataque. Practicaban cómo protegerse, cómo encontrar alimentos y cómo ayudarse unos a otros en situaciones peligrosas.

Gustavo, su hermano mayor, era sordo. Para comunicarse, utilizaban el lenguaje de señas. Ruth y Hugo también se lo enseñaron a Samuel para que se pudiera comunicar con Gustavo.

Pasaron día tras día entrenando intentando estar listos para para estar preparados ante cualquier peligro que pudiera aparecer. Y así pasaron varios años, entrenando para sobrevivir.

Pero un día ocurrió algo inesperado. El padre de Samuel enfermó. No supieron qué clase de enfermedad tenía, pero decidieron salir a la superficie para buscar algún medicamento o cualquier cosa que pudiera ayudarlo.

Al día siguiente, Samuel, Ruth y Hugo salieron a la superficie para buscar por todo lugar. Gustavo se quedó cuidando al padre de Samuel, a quien para entonces también consideraba su propio padre. Los tres recorrieron las calles destruidas hasta que encontraron una biblioteca que aún seguía en pie. Entraron a ver si encontraban algo.

Mientras buscaban entre los estantes, Samuel halló un libro cubierto de polvo que llamó su atención. Era un libro sobre plantas medicinales. Sin dudarlo, tomó el libro y decidió llevárselo.

Cuando los tres se dirigían hacia la salida de la biblioteca, escucharon unos pasos. De repente, varias personas aparecieron y les bloquearon el camino. Aquellos desconocidos agarraron a Ruth y a Hugo por los brazos, y a Samuel le dieron un fuerte golpe en la parte de atrás de la cabeza. Entonces se desmayó.

Poco a poco, Samuel comenzó a recuperar la conciencia. Todo estaba borroso y le dolía la cabeza por el golpe. Mientras intentaba abrir los ojos, escuchó una voz muy cerca de su oído. Al levantar la vista, vio una silueta de color celeste brillante frente a él. Parpadeó varias veces y, poco a poco, comenzó a verla con mayor claridad. Se trataba de una persona que flotaba a unos centímetros del suelo.

Samuel le preguntó quién era. La persona se veía como un espíritu. Le respondió que era el espíritu de un libro llamado "Sangre dorada". Ese libro era uno de los favoritos de Samuel.

Estuvo un momento en silencio, tratando de recordar en qué lugar de la biblioteca había visto ese libro. Se incorporó con dificultad y empezó a recorrer los pasillos a ver si lo encontraba, pero en vez de eso, se encontró con varios espíritus de los distintos libros que él había leído de pequeño.

Los espíritus o almas se le quedaron viendo. Uno se le acercó y le preguntó: "¿Cómo lograste venir hasta aquí?".

Samuel creyó que aquellos espíritus lo habían llevado allí para decirle algo importante. Sin embargo, cuando observó mejor a su alrededor, se dio cuenta de que algunos de ellos eran antepasados de su madre.

Mientras caminaba entre ellos, vio a lo lejos una silueta que le resultó familiar. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Al acercarse, descubrió que era su madre. Pero no estaba sola. Al lado se encontraba su padre. En ese instante, Samuel comprendió lo que había ocurrido. Su padre había muerto a causa de la enfermedad.

Se arrodilló frente a él y, entre sollozos, le pidió perdón por no haber logrado salvarlo. Su padre le dijo que no era su culpa, que así era el destino.

Los libros de su alrededor empezaron a decirle que así fue el destino de todos ellos. Todos y cada libro le había enseñado una lección a Samuel. Los libros también le dijeron que todavía quedaba mucho por hacer y que necesitaban que fuera fuerte para ayudar a los demás y poner fin a la guerra. Samuel los consideró a todos como sus amigos de toda la vida.

Samuel respiró profundamente y, de repente, todo a su alrededor desapareció. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que ya no estaba rodeado de luces ni de libros que hablaban. Había vuelto a la realidad.

Se encontraba acostado en una cama de hospital. Logró ver a Ruth, Hugo y Gustavo sentados, esperando a que despertara. Al ver a Samuel despierto, los tres se sintieron felices.

Samuel les preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Le respondieron que, cuando lo golpearon en la cabeza, Gustavo apareció con un grupo de personas que venían de otro país. Ellos habían sobrevivido a la guerra y estaban recorriendo diferentes lugares para llevar a los heridos a su país para que sanaran.

Gustavo le indicó en lenguaje de señas que su padre ya no había resistido más la enfermedad y que había fallecido poco después de que ellos salieran del refugio.

Samuel les indicó que ya se había despedido de su padre en otro lugar y que también había podido despedirse de otros familiares. Luego les dio un abrazo por haberlo acompañado durante todos esos años.

Se sintieron felices porque la guerra que había marcado toda su vida por fin había terminado. Al salir del hospital, Samuel decidió ir a la biblioteca para buscar algunos de los libros que leía cuando era niño. Al encontrarlos, recordó el día en que los había visto por primera vez en forma de personas.

Desde entonces, cada día recuerda aquel encuentro con ellos y con sus antepasados, así como a su madre y a su padre de noble corazón.



MILTON, SUS OVEJAS Y EL CELULAR

Neymar,
Potosí

En un lugar muy hermoso llamado Chaqui, había un niño llamado Milton. Era el pastor más joven de su comunidad. Su trabajo era cuidar a las ovejas que pastaban por lugares donde había pasto y agua. Las ovejitas lo querían mucho porque las cuidaba bien, y Milton amaba a sus ovejas... pero a veces se aburría un poco.

Un día, su tío le regaló un pequeño teléfono que brillaba con mil colores. ¡Tenía juegos tan divertidos! Cuando las ovejas comían, Milton se sentaba y se sumergía en el mundo de su bolsillo.

— ¡Beeeeeee —baló una oveja cerca.

Milton ni siquiera levantó la vista. Todas las ovejitas corrieron asustadas por todo lado. El joven pastor no lo notó; estaba distraído en su juego, atrapando monedas virtuales. Un par de ojos amarillos, dientes afilados y melena grande lo observaban desde los árboles verdes y grandes. Era un león grande y silencioso. El león sabía que un pastor distraído era una invitación a la cena.

Un grito, no de las ovejas, sino de Milton, rompió el silencio. Había perdido su juego. Pero era demasiado tarde. El león ya se había abalanzado sobre tres de las ovejas más grandes y lentas.

El león se marchó con sus presas antes de que Milton pudiera gritar pidiendo ayuda. El resto del rebaño estaba disperso y temblaba. Milton sintió un hueco frío en su estómago. No era solo la pérdida; era la culpa de haber fallado.

El jefe de la aldea no lo regañó, solo le mostró las marcas de las garras.

—La tecnología es útil, Milton —dijo— pero tu deber, como la vida, requiere que mires de frente.

Desde ese día, Milton guardó su teléfono en casa. Su juego ahora era observar las nubes y las colinas, y no perdió ni una sola oveja más.



EL CAMALEÓN QUE CAMBIABA DE COLOR

Miriam,
Cochabamba

Había una vez un camaleón llamado Lilo que podía cambiar de color. Era muy juguetón y le encantaba esconderse en distintos lugares de su casa.

Un día, sus amigos fueron a buscarlo, pero no pudieron encontrarlo. Lilo estaba durmiendo en su cama y se había camuflado tan bien que nadie podía distinguirlo. Finalmente, uno de sus amigos logró descubrirlo. Entonces Lilo volvió a cambiar de color para confundirse con las paredes de su casa y después escapó al jardín, mientras sus amigos continuaban buscándolo.

Llegó el día de su cumpleaños, pero nuevamente nadie podía encontrarlo. Esta vez se había puesto del mismo color que una silla. Sus amigos lo buscaron por todas partes y, al no encontrarlo, se enojaron y decidieron irse de la fiesta.

Cuando Lilo se dio cuenta de que se había quedado solo, comenzó a llorar. De la tristeza, su piel se volvió de color azul.

Solo uno de sus amigos decidió quedarse. Entonces Lilo cambió de color y se puso amarillo para que pudiera verlo.

Desde ese día comprendió que esconderse todo el tiempo no era tan divertido como compartir momentos con sus amigos, y así fueron amigos para siempre.



EL ARTISTA DE LAS ESTRELLAS

Keyla
Micaela,
Potosí

En un pequeño pueblo rodeado de montañas, vivía un joven llamado Miguel. Tenía un don especial: podía pintar estrellas. No solo las pintaba en papel o lienzo, sino que podía crear constelaciones enteras en el cielo nocturno.

Miguel pasaba sus noches mirando al cielo, buscando patrones y formas en las estrellas. Con un toque de su pincel podía hacer que estas brillaran con más intensidad o crear nuevas figuras en el cielo.

Un día, un anciano astrónomo llegó al pueblo en busca de Miguel. Había oído hablar de su talento y quería conocerlo. El anciano le dijo a Miguel que su arte no era solo una habilidad, sino una forma de conectar el cielo y la tierra.

—Tu arte es una forma de lenguaje universal —le dijo el anciano—. Las estrellas son un símbolo de esperanza y guía para la humanidad. Con tu arte puedes inspirar a las personas y hacer que estas miren hacia arriba, hacia las posibilidades.

Miguel se sintió inspirado por las palabras del anciano y decidió dedicar su vida a crear arte estelar. Y así, cada noche pintaba estrellas y constelaciones en el cielo, llenando el mundo de belleza y maravilla.

La gente del pueblo miraba hacia arriba y, sí, sentían las estrellas; pero, al mismo tiempo, se sentían conectados con algo más grande que ellos.



LOS DOS HERMANOS Y SU GRAN AVENTURA

Jhamelyt
Gladys,
Oruro

Era una aldea muy pobre en la cual vivía una familia de cuatro integrantes: el papá, la mamá, el hermano Carlos y la hermana Andrea.

Una noche, los dos hermanos fueron al campo, donde se podían observar las hermosas estrellas. Mientras caminaban, vieron un rebaño de ovejas. Continuaron su recorrido hasta que encontraron un nido de pájaros, que, por alguna razón desconocida, estaba en el suelo.

Andrea le dijo a Carlos:

—Ayudemos a los pájaros.

Juntos llevaron el nido con mucho cuidado hasta un lugar seco donde había un montón de leña. Después, llegaron a un pequeño pueblo. Decidieron comer y beber algo. Más tarde, al pasar frente a una casa, encontraron a un niño que se dirigía al campo. Este les dijo:

—¿Puedo ir con ustedes? Es que tengo miedo de ir solo.

Los hermanos aceptaron que Marcos los acompañara, porque era un niño muy bueno.

Los tres siguieron caminando por un sendero poco conocido. A lo lejos vieron unas grandes piedras que formaban una cueva. Se acercaron para observarla mejor, entraron y descubrieron a un oso andino llamado jukumari.

Los niños tuvieron mucho miedo al ver el oso, que era enorme. Marcos decidió correr, pero no quería dejar a sus nuevos amigos. Entonces regresó, los tomó de la mano y comenzaron a correr juntos.

Mientras huían, Marcos les dijo que lo mejor era hacerse los muertos.

El oso, al ver que no se movían, se alejó.

Cuando estuvieron seguros de que ya no había peligro, se levantaron y le preguntaron a Marcos:

—¿Cómo sabías que hacerse el muerto ayudaría?

—Me contaron que a los osos no les gusta comer animales que ya han sido cazados o matados por otros.

Los dos hermanos regresaron a su casa y les contaron a sus papás cómo habían logrado sobrevivir al encuentro con un oso jukumari durante su viaje al campo, en el altiplano boliviano. Todos escucharon la historia con mucha atención y quedaron sorprendidos por lo que habían vivido.



EL BOSQUE OLVIDADO

Jesús,
Tarija

Había una vez un bosque muy antiguo. Sus árboles eran tan altos que tocaban las nubes y sus hojas, de un verde intenso, brillaban bajo la luz del sol.

Con el paso del tiempo, la gente dejó de visitarlo y el bosque fue quedando en el olvido. Los seres humanos comenzaron a construir casas y fábricas en sus alrededores, contaminando sus aguas y talando sus árboles.

Los animales huyeron asustados. Las plantas se marchitaron. El bosque se convirtió en un lugar triste y solitario, al que todos llamaban “el bosque olvidado”.

Un día, una niña llamada Luna se perdió en el bosque. Al principio sintió mucho miedo, pero poco a poco empezó a escuchar los sonidos de la naturaleza: el canto de los pájaros, el murmullo del río y el crujir de las hojas bajo sus pies.

Mientras recorría el bosque, comprendió lo importante que era protegerlo. Luna decidió ayudarlo, por lo que empezó a plantar árboles con sus amigos. También limpiaron el río y cuidaron a los animales heridos.

Poco a poco, el bosque empezó a recuperarse y a llenarse de vida nuevamente.

La gente también se dio cuenta de lo importante que era cuidar la naturaleza y prometió protegerla para siempre.

Desde entonces, todos recordaron una valiosa enseñanza: cuando cuidamos de la naturaleza, ella también cuida de nosotros.



EL RATONCITO SIN AMIGOS

E l bosque misterioso

En las profundidades de un bosque donde la niebla se enroscaba entre los árboles y las luciérnagas parecían pequeñas estrellas caídas, vivía un ratoncito llamado Timo. Cada mañana salía de su madriguera con la esperanza de encontrar a alguien con quien jugar. Saludaba a las ardillas que recogían nueces, pero ellas apenas lo miraban. Intentó hablar con los pájaros, pero ellos estaban más ocupados volando. Incluso los sapos lo ignoraban cuando trataba de cantar con ellos al borde del estanque.

Así, día tras día, Timo caminaba solo entre hojas secas y ramas que crujían. El bosque era hermoso, sí, pero también misterioso y solitario.

Una noche, mientras la luna iluminaba su camino, Timo suspiró mirando al cielo.

—Ojalá tuviera un amigo, aunque sea uno solo —murmuró—. No quiero hablar solo con las sombras.

De repente, escuchó un suave maullido entre los arbustos...

El encuentro inesperado

Timo se escondió tras una raíz, temblando.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz temerosa.

Del matorral salió un gato. Era grande, con ojos dorados que brillaban en la oscuridad.

—Tranquilo, pequeño —dijo el gato—. Me llamo Luna. No quiero hacerte daño. Solo me perdí buscando un lugar cálido.

Timo, aún nervioso, pensó en huir. Pero algo en la voz de Luna le pareció sincero. Así que le ofreció un pedacito de pan seco.

Brenda,
Pando

—Puedes quedarte conmigo esta noche —dijo—. Hay una madriguera amplia y seca cerca del tronco hueco.

Luna aceptó agradecida. Durante la noche conversaron bajo la luz plateada. Timo le contó que no tenía amigos y el gato lo escuchó con atención.

—A veces —dijo Luna— los amigos aparecen cuando menos te lo esperas.

Al amanecer, escucharon un ruidito suave. Era otro ratón, algo más grande que Timo, con una hoja a modo de capa.

—Hola, soy Nilo —dijo—. Escuché voces y vine a ver si todo estaba bien.

Y así, los tres comenzaron a hablar y a encontrar una conexión cada vez que se miraban a los ojos.

Con el paso de los días, Timo, Luna y Nilo comenzaron a pasar mucho tiempo juntos. Exploraban senderos escondidos del bosque, compartían la comida que encontraban y se ayudaban cuando surgía algún problema.

Timo ya no se sentía solo. Por primera vez tenía amigos con quienes reír, conversar y vivir aventuras.

Al principio, algunos animales se sorprendían al ver a dos ratones y un gato caminando juntos. Sin embargo, al observar cómo se cuidaban y se respetaban, comprendieron que la amistad no entiende de tamaños, diferencias ni especies, solo de cariño y valentía.

Y cada noche, bajo las estrellas, los tres recordaban aquella primera vez en que el bosque los unió.



CADA FLOR CUENTA

Thiare
Wara,
Oruro

Había una vez, en un rincón muy especial del mundo donde todo era posible, un jardín mágico. Este no era un jardín como cualquier otro. Allí no solo crecían flores; también habitaban sentimientos, sueños y voces que hablaban en susurros junto al viento.

Era un lugar lleno de vida. Las flores no solo tenían colores y formas diferentes, sino también personalidades, historias y formas únicas de ver el mundo.

Estaba la Margarita, con pétalos blancos como copos de algodón. Siempre observaba en silencio; era tímida, pero muy bondadosa.

También estaba el Girasol, alegre y alto, que giraba su rostro dorado hacia el sol con una sonrisa constante que llenaba de alegría a todos los que lo rodeaban.

La Rosa era elegante y refinada. Cuidaba cada detalle de su aspecto y su perfume era delicado, aunque a veces sus espinas lastimaban sin querer.

El Cactus permanecía callado, cubierto de espinas que eran como un escudo. Nadie se atrevía a acercarse a él, aunque por dentro, deseaba ser parte del grupo.

Luego estaba Lila, pequeña flor morada que crecía en un rincón, donde la luz del sol apenas llegaba.

Sus pétalos eran suaves y su color, profundo como el anochecer. Sin embargo, Lila no sabía hacia dónde crecer. No sabía si debía buscar el sol, como el Girasol, ni si debía perfumarse como la Rosa. Nunca terminaba de abrir sus pétalos por completo; simplemente... observaba.

Cada día, las flores compartían el sol, el agua y la tierra, pero poco a poco empezaron los desacuerdos.

—¡Tú ocupas demasiado espacio con tus hojas! —protestó la Rosa, mirando a la Margarita.

—¡Y tú brillas tanto que me dejas en la sombra! —dijo el Cactus al Girasol, con tono resentido.

Lila, que apenas se atrevía a hablar, bajó la mirada y susurró:

—Yo... no sé si pertenezco aquí.

Observó sus pétalos con inseguridad. No tenían el brillo del Girasol ni el perfume de la Rosa.

Pero nadie la escuchó. Todos estaban demasiado ocupados quejándose de lo que les faltaba y comparándose unos con otros, sin darse cuenta de lo mucho que ya tenían.

Pasaron los días. Llegó un momento en que las nubes desaparecieron y el cielo dejó de llover. La lluvia no volvió; la tierra se volvió dura y seca. El sol, que antes era cálido, comenzó a quemar con fuerza. Las hojas

se agrietaron y las flores dejaron de discutir. El jardín entero parecía triste y cansado, como si algo en su interior se estuviera apagando.

El Girasol levantó la vista y observó a su alrededor. Vio a la Rosa perdiendo sus pétalos uno a uno, al Cactus encogido sobre sí mismo, a la Margarita cada vez más débil y a Lila, pequeña y silenciosa, haciendo un gran esfuerzo por mantenerse de pie.

Habló con una voz suave, diferente de la que usaba siempre:

—¿Y si dejamos de pensar solo en nosotros? ¿Y si, en lugar de competir, nos ayudamos?

La Rosa levantó la vista. Nunca había necesitado de nadie, o al menos eso creía. Pero ahora, sintiéndose tan frágil, observó el suelo reseco bajo sus raíces y dijo:

—Quizás... si nuestras raíces se unen... podríamos encontrar agua juntas.

El Cactus no respondió con palabras. En silencio, ofreció su sombra para ayudar a las demás flores.

—Gracias... —murmuró la Margarita, débil pero agradecida.

Con esfuerzo, abrió sus hojas para cubrir el suelo y proteger las raíces de las flores más pequeñas.

Entonces, Lila habló por primera vez con firmeza. Su voz era clara, pero no parecía venir de sus pétalos, sino de algo mucho más profundo.

—No sé en qué dirección crecer... pero si están juntos, yo quiero crecer hacia donde están ustedes.

Aquellas palabras llegaron a sus corazones. Por un momento, dejaron de pensar en lo que les faltaba, en lo que eran o en lo que no eran. Y, por primera vez, se dieron cuenta de todo lo que podían llegar a ser si permanecían unidas.

Todavía no llovía y la tierra seguía seca. Sin embargo, algo nuevo había nacido entre las flores: el respeto.

El Cactus ya no evitaba a los demás. Permanecía cerca cuando alguien necesitaba sombra o compañía en silencio.

—No soy bueno hablando —decía a veces—, pero estoy aquí.

La Rosa se volvió más atenta. Aprendió a cuidar sus palabras, a pensar antes de hablar.

—Lo siento... ¿Te hice daño con mis espinas? No fue mi intención.

El Girasol, que solía acaparar la luz, empezó a inclinarse un poco hacia los lados.

—¿Está bien así? ¿Te llega el sol ahora?

La Margarita se animaba a mostrarse como realmente era; ya no necesitaba imitar a nadie.



—Yo creo que todos somos necesarios. Aunque seamos diferentes.

Y Lila... Lila empezó a abrir sus pétalos, no porque quisiera encajar, sino porque quería compartir lo que era.

—Yo también puedo dar algo, tal vez no sea lo mismo... pero es mío y es real.

Entre ellas nació una nueva costumbre: escucharse sin interrumpirse, ayudarse sin que se lo pidieran, respetar los tiempos de cada una, comprender que cada flor florecía a su manera.

Pasaban los días, y aunque la lluvia aún no volvía, el jardín ya no se sentía solo ni enfermo.

Había menos hojas verdes, sí... pero más gestos bonitos. Más silencios cómodos. Más cercanía.

Y entonces, una tarde, la lluvia regresó.

No fue una tormenta, fue una llovizna suave, como si el cielo supiera que el jardín ya no solo necesitaba agua... sino cuidado.

Las flores se levantaron con más fuerza, el color volvió a sus pétalos, las raíces se fortalecieron... no porque tuvieran más agua, sino porque ahora estaban conectadas.

Y cuando alguien pasaba cerca del jardín, lo notaba.

No era solo un lugar bonito.

Había algo en el aire, algo que no se veía, pero se sentía una sensación de paz, de ternura, de hogar.

Donde la empatía echó raíces, el respeto floreció y la diversidad se celebraba.

Y si alguna vez pasas cerca y te detienes a escuchar con atención, puede que oigas la voz de Lila diciendo:

—Aquí, todas las flores son bienvenidas. Aquí, nadie florece solo.

Cada ser, como cada flor, es único y valioso a su manera.

Cuando dejamos de competir y comenzamos a escucharnos, apoyarnos y respetar nuestras diferencias, florece lo más importante: la empatía.



LA ANÉCDOTA DE MI NIÑEZ

Lionel T.,
Tarija

Vivíamos en una aldea que era como un edén, un paraíso caidito del cielo, lejos de la ciudad. Todos los animales tenían su espacio en la naturaleza y en su diversidad. Se podía encontrar una gran variedad de plantas y flores coloridas, con fragancias inolvidables.

Un día, entramos al bosque con mi abuelo. Él me enseñó todo sobre las plantas útiles para el ser humano, aquellas que podían quitar la fiebre y curar malestares como el dolor de estómago, el dolor de huesos y muchos más. También me enseñó que los pastos, las palmeras y las cañas de bambú nos ayudan en la construcción de nuestros hogares. Por eso, mi abuelo dice que somos muy bendecidos por la creación de Dios.

Durante el paseo vimos diferentes variedades de animalitos, desde los más pequeños hasta los más grandes; terrestres, aéreos y acuáticos. Lo que más me sorprendió fue observar aves de muchos colores y escuchar sus emocionantes cantos, que eran una hermosa melodía para nuestros oídos.

En los riachuelos y vertientes de aguas cristalinas había una gran variedad de peces y cangrejos que servían para nuestra alimentación. Mi abuelo me enseñó a tomar solo lo necesario y a no desperdiciar los alimentos.

Fue un paseo inolvidable de mi niñez, que quedará grabado para siempre en mi memoria.

Luego de un tiempo, nos fuimos a vivir a la ciudad, donde la situación es muy diferente a la de la aldea.

Pasaron veinte años desde que salí de mi pueblo. Hoy, feliz de retornar, cuento las horas y los minutos para llegar a la aldea y ver a mi abuelo querido.

¡Oh, no! Grande es mi sorpresa al ver que lastimaron a mi paraíso. Mi abuelo me contó que llegaron empresas madereras que saquearon todo. Los animales se han ido más lejos, a lo poco que queda del bosque. Encuentro el río contaminado, con solo algunos peces. Ni hablar de las aves, que migraron a otros lugares y cuyo cánticos dulces y hermosos ya no se escuchan.

El bosque ya no es verde. Ahora tiene un color pálido.

Se me soltaron las lágrimas al ver que los recuerdos de mi niñez se habían esfumado. ¡Qué doloroso es ver a mi aldea desvanecerse con tanta contaminación de botellas, plásticos, nailon y vidrios por todos los lugares!

Analizamos la situación con toda mi familia y nos propusimos metas para salvar nuestro bosque. Decidimos reciclar las botellas de plástico tiradas por todo lado y sacar las bolsas de nailon de las orillas del riachuelo. También sembramos nuevas plantas de fruta que servirán para la alimentación de nuestros hijos.

Mi abuelo se sintió muy feliz al ver que la aldea volvía a renacer, que las aves volvían en busca de alimento y que le regalaban sus dulces cánticos, alegrándole el día.

Nos aconsejó que seamos hijos del bien con todos, la naturaleza y la sociedad, porque todos somos seres vivos y nos necesitamos unos a otros.

Consejo: Cuidemos nuestra naturaleza, porque es un regalo y un tesoro muy valioso que nuestro Creador nos dejó. La Madre Tierra nos pide a gritos que ya no la contaminemos. Enseñemos a nuestros hijos a valorar la vida y a proteger todo lo que nos rodea.

“Los bosques son nuestros pulmones”.



EL ZORRO Y EL LORO

Luis,
Chuquisaca

Una vez, en un monte, había un zorro hambriento que caminaba por las praderas buscando qué comer. De repente, el zorro hambriento vio un grupo de aves volando en el cielo.

Un loro aterrizó en una palmera.

—¿Por qué aterrizaste? —le preguntó el zorro.

—Porque estoy cansado. Volé y volé por varias horas —le dijo el loro.

El zorro pensó y se aprovechó de la situación.

—¿Por qué no caminamos juntos un rato y así descansas un poco?

—Sí, amigo, tienes razón. Vayamos caminando

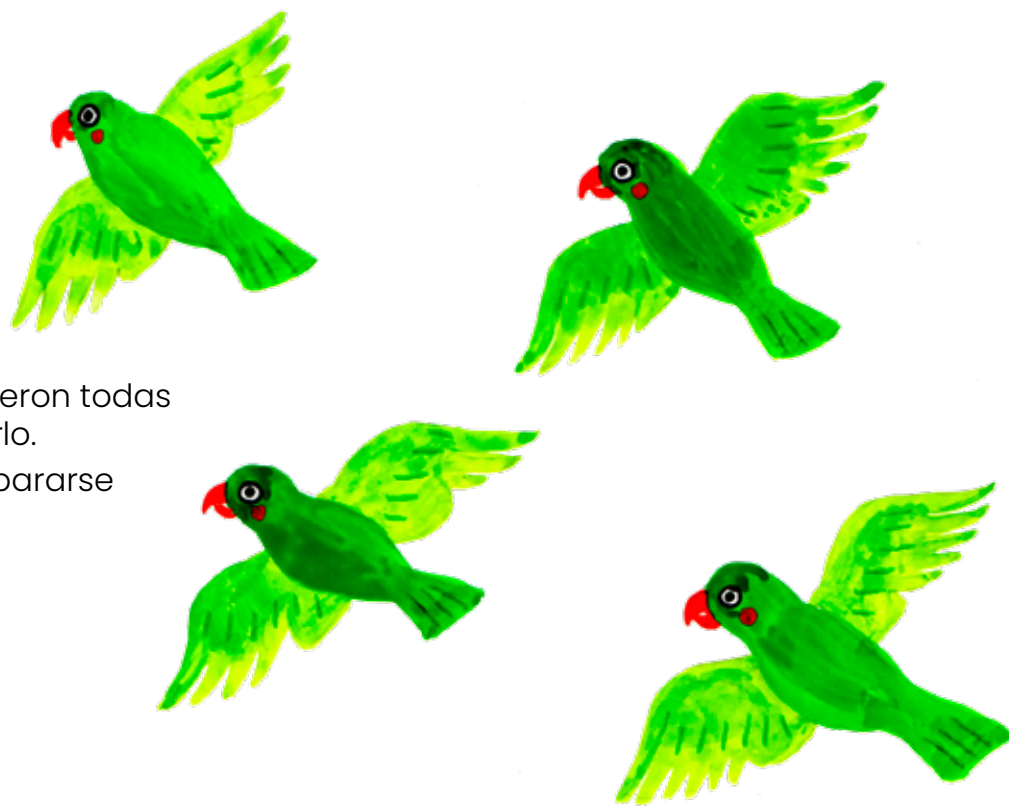
—respondió el loro.

El zorro se atrasó a propósito para lanzarse contra el loro y poder comérselo.

—¡Ayuda, ayuda! —pidió desesperado el loro.

El grupo de aves escuchó los gritos del loro. Fueron todas en ataque contra el zorro y así pudieron salvarlo.

Desde ese día, el grupo de aves decidió no separarse nunca más.



EL CRAYÓN FAVORITO DE MIGUEL

Anahí,
Potosí

Desirée, Anahí y Miguel estaban dibujando un mapa del tesoro. ¡El mapa era súper secreto!

Miguel usaba su crayón especial: el “azul eléctrico”. Era largo, brillante y perfecto para dibujar el mapa del tesoro. De repente, Desirée se inclinó demasiado y ¡crack!, el crayón azul eléctrico se partió en dos.

El corazón de Desirée dio un brinco. ¡Oh, no! Era el crayón favorito de Miguel. Desirée recogió las dos mitades, muy triste.

—¿Qué pasó? —preguntó Miguel.

Anahí miró a Desirée, esperando su respuesta. Desirée sintió un nudo en la garganta.

—Se cayó el crayón; el viento lo hizo caer y se rompió —dijo Desirée.

La mentira de Desirée era como un pequeño mosquito molesto. “Zzzzz...”. La seguía por todas partes. Al dibujar, pensaba en el crayón partido. Al tomar agua, sentía el sabor a “viento falso”.

En el recreo, Miguel no jugaba. Solo miraba las mitades de su crayón, pensativo.

—¿Todavía estás molesto por el viento? —le preguntó Desirée con voz suave, sintiéndose culpable.

Miguel suspiró.



—No estoy molesto con el viento. ¡Estoy triste porque mi crayón se rompió!

Desirée no podía soportar más al mosquito “Zzzz”. Era hora de abrir la ventana a la verdad. Ella tomó aire y sintió que el nudo en su garganta se deshacía.

—Miguel, fui yo. Lo siento mucho. Me incliné y lo rompí sin querer —confesó.

Miguel se quedó callado por un segundo. Luego, dijo:

—Gracias por decirme la verdad, Desirée. ¡Eso sí es ser valiente!

Anahí, que había estado escuchando, los vio con una gran sonrisa. “¡Sí, la verdad siempre es mejor!”, pensó.

Desirée se sintió ligera y feliz. Aprendió que un crayón roto se puede pegar o reemplazar, pero sobre todo se dio cuenta de que la confianza es lo más importante y de que, cuando esta se rompe, es más difícil de reparar.

¿Y tú? ¿Prefieres la verdad, aunque sea difícil?



MIS AMIGOS LOS LIBROS

Gabriel,
La Paz

Érase una vez un chico que se llamaba Juan, que vivía con sus padres en Finlandia. En ese país, los libros eran muy famosos.

Juan tenía en su hogar un estante muy grande, tan grande que en realidad era una biblioteca completa. Allí había muchos libros y la razón por la que había tantos era porque Juan estaba siempre atento a los nuevos libros que llegaban a las librerías.

Cada vez que Juan se ponía a leer, su perro Max aparecía de inmediato a su lado.

El chico tomaba los libros y los leía en voz alta para que el perrito lo escuchara. Había uno en particular que a los dos les gustaba mucho, titulado “Las aventuras en el planeta Tierra”. Era su libro favorito porque a Juan le encantaba la exploración y sentía que esa obra tenía vida propia al contar todo sobre el mundo. Para él, los libros eran sus verdaderos amigos.

Pero ocurrió una vez que Juan se fue con sus vecinos a jugar aproximadamente por dos horas fuera de su casa. En ese tiempo, un hombre entró sigilosamente a su casa y le robó 23 libros, guardándolos en un maletín grande para que nadie se diera cuenta. Al escapar por la ventana, el ladrón no notó que se le había caído una tarjeta con su fotografía y que, además, había dejado huellas en el piso.

Cuando Juan volvió a su casa, fue directamente a la biblioteca. Su perrito Max iba pegado a él listo para escucharlo leer. Como cada noche antes de dormir, el chico contó sus libros, los cuales tenían que ser 2.423. Sin embargo, al terminar el recuento, descubrió que le faltaban 23.

Juan se puso muy triste, sobre todo al darse cuenta de que le habían robado su libro favorito, “Las aventuras en el planeta Tierra”. Su perrito Max trataba de animarlo dando saltitos a su alrededor, pero no lo lograba.



En cuanto despertó a la mañana siguiente, Juan regresó al lugar de sus libros para ver si encontraba alguna pista que lo llevara hasta el ladrón. Luego, llamó a su mascota para que olfateara la zona en busca de algún rastro. Max encontró la tarjeta que se le había caído al hombre y, de inmediato, comenzó a seguir el olor de las huellas, mostrándose muy ansioso por avanzar.

En ese momento, Juan se puso una chamarra para acompañar a Max en la búsqueda. La pista los llevó a un barrio donde el chico mostró la fotografía del sospechoso para ver si alguien lo reconocía. Los vecinos del lugar reaccionaron con mucho temor y le advirtieron que se trataba de un ladrón muy hábil y conocido, lo que hizo que Juan también sintiera miedo.

Después, el perrito condujo a Juan hasta la casa del hombre. Al observar sigilosamente por la ventana, Juan descubrió algo inesperado: al ladrón también le gustaban los libros, ya que los estaba acomodando con mucho cuidado dentro de una vitrina.

Mientras Juan pensaba qué podía hacer para recuperarlos, Max comenzó a excavar un hueco con sus patitas en una jardinera de la calle. ¡Oh, sorpresa!, la llave de la casa estaba escondida en ese lugar. A pesar del gran temor que sentía, Juan la tomó y abrió la puerta principal con mucho cuidado; estaba decidido a recuperar sus preciados libros.

Justo cuando los sacaba de la vitrina, el hombre ingresó a la sala, haciendo que Juan y Max saltaran del susto. Pero en cuanto el dueño de casa vio al chico con los libros, se puso a llorar y le suplicó que no se los llevara.

—Son los únicos amigos que tengo —susurró desesperado.

Juan sintió mucha pena por él y, tras reflexionar un momento, pensó en una solución:

—Vamos a mi casa —le indicó.

Al llegar, Juan les pidió permiso a sus papás para entrar con el hombre y todos juntos se dirigieron a la biblioteca. Max abrió la puerta con entusiasmo y al invitado le brillaron los ojos.

—¡Tienes un montón de amigos! —exclamó con asombro.

—Les voy a leer mi favorito —respondió el chico, mientras abría las primeras páginas de “Las aventuras en el planeta Tierra”.

En ese momento, el hombre pensó con profunda gratitud que los libros son amigos verdaderos, capaces de mostrarnos siempre el camino correcto.





Biblioteca "Crear para Ver".



